

*Anónimo*

*Vivir o matar una vida*  
*(testimonios detallados de un aborto)*

Adorto Ediciones

[www.adorto.com](http://www.adorto.com)

## **Licencia y Derechos de Autor**

Esta obra puede ser distribuida gratuitamente, a través de cualquier canal o forma, con la condición que se mantenga su integridad y que no sea modificada ni alterada.

Se prohíbe su distribución con fines lucrativos o comerciales, dejando sólo la posibilidad al difusor de pedir una mínima colaboración por materiales (cd, gastos de impresión, etc), es decir, un reembolso por los gastos. No se podrá pedir por parte del distribuidor, ninguna contribución por la sola difusión electrónica a través de las redes informáticas.

Recordando las condiciones de la presente licencia y el carácter gratuito de la obra, se recomienda su máxima difusión.

## **Nota:**

Este libro es el relato testimonial de una joven que abortó.

Su objetivo es el de contribuir al conocimiento en profundidad de esta realidad, a menudo olvidada y oculta, que muchas jóvenes se encuentran viviendo, sumidas en el dolor y el silencio. Sobre todo, se propone como sostén moral para aquellas mujeres que se encuentran en el dilema de elegir o de tener que tomar una decisión a como dé lugar. Para todas las mujeres que se encuentran en esta encrucijada, este libro pretende mostrar, mediante el pensamiento y el sentimiento de quien ha vivido tal experiencia, hacia dónde lleva la decisión del aborto.

Si después de la lectura crees que este mensaje te ha ayudado de alguna manera, o si sólo quieres expresar lo que piensas, podrás enviarnos tus comentarios a la página web:

<http://www.adorto.com/comentario.htm>

Buena lectura.

*Adorto - Movimiento internacional para la familia y la vida*

# Capítulo 1

Me encuentro en estos momentos mirando al cielo a través de la ventana; contemplo la variedad de los colores del crepúsculo que no serán jamás iguales a los de la vez anterior: juguetón y melancólico, parecería que quisiera reflejar el humor de mi alma.

Pienso una vez más en mi vida que repetidamente me ha inmerso en experiencias que me marcaron amargamente, difíciles de enfrentar, pero inevitables. He “vivido” la lucha de mi madre contra la forma más aguda de leucemia, el auto trasplante de médula, al cual tomó la decisión de someterse, la probabilidad, o más bien, la casi certeza de no regresar a casa. Largos días de espera, de terapias agresivas, de alegría por sus breves regresos a casa junto a sus seres queridos, de besos robados,

cuando en asepsia podía acercarme; sólo después de haber tomado las precauciones oportunas; una renuncia tras otra y, finalmente, el fruto de nuestras esperanzas...

Vi morir de tumor a mi profesor, a mi querido amigo Francisco, apenas algunos años mayor que yo, una primita de tierna edad, a mi tío Mateo, a quien también lo consumió la enfermedad. La muerte también me arrebató mis abuelos maternos, importante punto de referencia en mi vida y fuente incesante de amor, resistente al tiempo y a la separación inevitable pero forzada...

Me doy cuenta que, escuchando una canción o recordando un fragmento del pasado compartido, me emociono aún, ¡todavía lloro en silencio!, ¡todavía sufro! Me sentí impotente por no haber podido aliviar sus sufrimientos, o por no haber podido conservarlos junto a mí para siempre, por no poderles brindar otra cosa distinta que mi compañía, mi sonrisa y mi afecto. “Así es la vida y la voluntad de Dios”, me repetía constantemente para sacar la fuerza que me ayudaría a soportar todo esto.

Hoy como nunca se respira armonía en casa, donde hasta hace unos pocos meses las frecuentes discusiones entre mis padres, y entre mi padre y yo, me habían turbado por años: luego que asistí a una repentina

reconciliación en familia (mi padre se había ido a vivir con mis abuelos) comencé a gozar de la compañía de unos padres tan enamorados como esposos, como nunca los había visto...

¿Y qué decir de las desilusiones? ¡Cuántas he tenido! Como todos, al final de cuentas.

Y aún así, en cada circunstancia recordada, veo que he luchado, que me he llenado de valor, que he sacado lo mejor de mí y, sobre todo que nunca perdí el optimismo ni el amor por la vida...

Aún así existe un rincón de mi corazón que es imposible que alguien conozca, ni aún proponiéndoselo o esforzándose. Ni yo sabía de su existencia pues sólo se reveló cuando decidí optar por la decisión *más mezquina y macabra de mi vida: privarme del amor de mi hijo acabando con su vida; en cambio, ¡así creía!, de conservar mi libertad y mi tranquilidad.*

Pero, ¡Cuál tranquilidad! ¡Cuál libertad!. Las heridas cicatrizan, las desilusiones pasan... en cambio, ahora, yo he caído en el círculo interminable del remordimiento, por no haber tenido la paciencia para reflexionar y comprender lo que habría sido lo mejor para mí y para mi hijo. Es un arrepentimiento que agobia y pesa como una montaña.

El dos de noviembre del 2006 conocí el infierno...

Ha pasado apenas algo más de un año desde aquel día que por siempre maldigo, pero aún así recuerdo cada instante con dolorosa lucidez; cada vez, el sufrimiento se renueva, procurándome un dolor indescriptible.

Entre más trato de olvidar, más fuerte regresa el recuerdo. Éste resuena con fuerza en mi pecho y sólo yo puedo escucharlo, porque sólo yo sé qué sucedió en aquél hospital, cuando no podía invocar ni la piedad de Dios, porque no era digna de su Misericordia.

Sabía que estaba pecando, pero sólo ahora me doy cuenta de haber asesinado. Yo, que he siempre sido considerada como la más dulce, madura y sensata, asesiné -pues de eso se trata- a mi propio hijo. Yo, que debía protegerlo, fui su verdugo...

Nunca habría podido imaginar que las palabras que mi amiga Liliana me repitió varias veces, cuando le comuniqué mi decisión, hubiesen resultado ser tan certeras: *“Piénsalo bien. No podrás volver atrás...”*

Sabía muy bien que no se trataba de un “cúmulo de células”. Había visto con mis propios ojos, durante una lección de medicina legal en la Universidad, un pequeño embrión de apenas un mes, extraído de una

mujer fallecida que ignoraba su estado de gravidez. Mi profesor de entonces, fuertemente opuesto al aborto, lo había conservado en la Facultad y habría deseado que todos lo viéramos, con la intención de que cada uno de nosotros se diera cuenta del engaño de quien anuente a la interrupción del embarazo, se esconde detrás de expresiones poco precisas e hipócritas. Ha sido una de las emociones más fuertes y bellas que he experimentado. ¡Excepcional! El embrión ya formado, pequeño como el pulgar, contaba con su cabeza, sus brazos, sus piernecitas y su boca... tenía sólo sus dedos pegaditos entre sí, los ojos cerrados y el sexo indefinido; en su lugar había un pequeño orificio. Lo refería a todo el mundo, enfatizando y sobre todo, llevando adelante el mensaje que mi profesor, en aquel contexto, quería promover en voz alta: “Sí a la vida. No al aborto”.

Cuánta ternura despertó en mí la visión de aquella “criatura” -como lo llamé- “Yo no lo haría nunca. Un hijo en cualquier momento que lo mande Dios es una bendición” -Así decía, jactándome.

No respeté nada de lo que yo era. Di la espalda a aquello que habría sido la felicidad sin reservas.

*¿Qué puede ser más despreciable que una madre que quita autónomamente la vida de su propio hijo, sangre de su sangre, carne de*



*su carne?*

¿Existe alguien más vil o más sucio que yo? Me manché de la sangre derramada de MI HIJO por mi imperdonable egoísmo que me imprime una culpa indeleble.

## Capítulo 2

Antes de descubrir mi estado de embarazo un capítulo de mi vida estaba por concluir.

Exhausta, pero al mismo tiempo llena de esperanzas por el inicio de una nueva etapa de mi vida, había invertido todas mis energías en la preparación del examen Estatal que me habría permitido ejercer como abogado. Años de estudios, de sacrificios, de renunciaciones, de esfuerzos prolongados para no ceder al cansancio mental. Mi deseo más grande era alzar vuelo y alcanzar la libertad y la total independencia.

¡Estaba por volverse realidad!... y así fue.

Superado aquel obstáculo, que algunas veces me parecía imposible, la felicidad no era ya una sensación lejana sino que comenzaba a concretarse; la conclusión perfecta de un gran empeño. Ahora sí me parecía vislumbrar la parte menos tortuosa de mi camino.

¡Qué satisfacción! Me sentía viva, animada por un gran vigor, complacida como nunca, lista para conquistar el mundo, y a mi lado contaba con un hombre maravilloso, al cual amaba como no había amado antes, que representaba para mí un apoyo en la vida cotidiana y que era mi sonrisa y toda mi alegría...

Y entonces...

....la oscuridad.

Asustada, a pesar de que se trataba de un pequeño atraso, una gran desesperación me embargó por varios días. La menstruación siempre se me ha presentado con la máxima puntualidad, y por ese motivo mi instinto me decía que aquel retraso se debía casi seguramente al embarazo ¿Y si era así? ¿qué podía hacer? Dejaba ahogar mis pensamientos con la intención de sepultarlos. Pero inevitablemente la mente se proyectaba hacia el futuro y sentía miedo.

Miedo ...

¿Miedo de crecer? ¿De hacerme cargo de responsabilidades? ¿De forzar la mano del destino y casarme por obligación? ¿De atarme a una persona de la cual no conocía verdaderamente sus intenciones? ¿De ser un peso para Esteban y para mi familia dado que no poseía un trabajo y no tenía modos de darle a mi hijo todo lo que necesitara?

No sé...

No encuentro las respuestas...

“Sólo” sé que lo habría amado inmensamente. Habría reservado para él cada gota de mi amor.

Pero me sentía tan confundida en modo tal que no sabía poner fácilmente orden en aquella maraña de emociones agolpadas.

Había sólo un modo para poner punto final a aquella zozobra que me embargaba: hacer la prueba de embarazo. Era necesaria la máxima cautela: viviendo en un pequeño pueblo de montaña tenía que ser discreta para ponerme al resguardo de chismes y comentarios que de otro modo habrían sido inevitables. Valerse de la farmacia de una ciudad cercana: era esa la solución.

En el auto, durante el viaje, el tiempo iba marcado por el silencio. Mientras más avanzábamos, se acercaba cada vez más el momento de conocer la verdad. Y así estaba tan absorta en mi angustia al punto de perder la noción del tiempo, la percepción de los lugares y de la presencia de Esteban. Recuerdo solamente que estábamos agarrados de la mano y que todo transcurría para mí en modo anónimo: nada de colores alrededor, nada de luz, ninguna voz...

Habría querido tener hijos, y habría deseado que su padre fuera Esteban. A veces fantaseaba con un hogar nuestro, pero no había estabilidad en mi vida.

¿Y él? ¿Qué sentía verdaderamente? ¿Se habría sentido amarrado en caso de un resultado positivo? Seguramente se habría quedado a mi lado... Pero era de repente como si no lo conociera, como si no me reconociera ni a mí misma...

Es un enigma.

Con la prueba de embarazo en nuestras manos, aprovechamos para leer las instrucciones durante el viaje de regreso, y comprender cómo usar aquel “termómetro” de hormonas, así tan pequeño pero con la capacidad de cambiar nuestras vidas.

Cada vez más segura del resultado sin aún haber visto aparecer las líneas, esperaba sin embargo equivocarme.

Sólo tres minutos de espera decía el manual... Momentos sin fin...

Y el resultado era positivo.

Una gran desesperación me asaltó, sentí asfixiarme... Nunca había sentido tanta angustia.

Era como si en aquel instante mi vida hubiera llegado a su fin. Lloraba sin poder calmarme. En un cierto sentido quedé sorprendida de mi reacción.

“No lo quiero”, proseguí...

Como si se tratara de rechazar un regalo de mal gusto. Pero él ya hacía parte de mí, vivía en mí, respiraba en mí... ¿Qué había de malo en la vida que llevaba en mi vientre? ¿Cuál era la tragedia en la inocencia pura y absoluta de ese niño? Nada ¡Todo lo contrario!

Pero a pesar de todo me obstinaba en mi intransigencia.

Me sentía perdida. Entonces ya no había más alternativa que... botarlo; oh sí, las cosas hay que llamarlas por su nombre.

La posibilidad de abortar no la había contemplado inicialmente dado que contrastaba con mis principios, con mis valores y la educación que me transmitieron mis padres y consecuentemente, incoherente con mi conciencia...

... Mi conciencia... La misma conciencia que pensaba resguardar ante las vicisitudes, en cualquier situación que me encontrara, y que, al contrario, manché en el mismo instante que surgió la sola idea, más tarde concretada.

Después de desahogar la ansiedad acumulada en los últimos días, casi en una pausa del corazón y de la mente, de los trajines vividos, acaricié el pensamiento de ser madre al término de los nueve meses... Me parecía increíble, maravillosamente extraordinario, y al teléfono con mi amiga Liliana mis lágrimas fueron mágicamente reemplazadas por una sonrisa.

Sin embargo, al día siguiente “aquella idea”, regresaba en mí, esta vez más insistente y me oprimía... El mecanismo estaba ya activado.

Con la única excusa de informarme acerca de lo que podía suceder si decidía no tenerlo, me preparaba a emprender un viaje sin regreso. Un boleto sin retorno, que era una decisión mía, ya que hasta el último minuto

habría podido oponerme y detenerlo todo; decir, “No, gracias. Mi bebé y yo nos vamos”.

Mi vida sería mejor en estos momentos, sin lugar a dudas.

A pesar de todo no lo hice. Desde ese momento todo transcurría a toda prisa: el primer contacto con el Dr. X, la visita ginecológica en su consultorio, la ecografía que no quise ver sino después, los exámenes de sangre (obviamente hechos en un laboratorio privado). La “preparación” para aquel que sería el día más terrible de mi vida. Y a mi mente regresan aún las palabras pronunciadas por el médico, pero sobre todo pienso en aquellas omitidas. Recuerdo que después de la explicación breve y fríamente concisa, de cómo se desarrollaría la intervención, el Dr. X añadió: “Si se deciden por el sí, sigan adelante sin voltearse atrás”, y seguidamente, dirigiéndose sólo a mí: “Debes llenarte de mucho coraje”.

Y eso es todo.

No me preguntó en ningún momento, “¿Por cuál motivo lo haces?” o “¿Sabes en verdad lo que sucede?” o “¿Estás segura?” o “¿Cómo estás?”. No hubo el mínimo interés de su parte por disuadirme. Ni siquiera mencionó o aludió a cómo podía ser fascinante la maternidad, el milagro de la vida que ella en sí constituye, no me ayudó a reflexionar, a pensar, a



razonar (porque la mujer que piensa en abortar no tiene la lucidez para comprender nada, dejándose doblegar por el pánico y por el miedo); como si asistir a un parto o interrumpir un embarazo fuera la misma cosa... como decidir de usar pantalones blancos o negros, como si fuera completamente natural.

Esa indolencia, que yo percibía dominante, me desconcertó y contribuyó a aumentar mi soledad... Necesitaba hablar, hablar, hablar... y ser escuchada para obtener comprensión y ayuda.

## Capítulo 3

Aquella mañana entré en el hospital a las 9. Después de pasar por la recepción del, me encontré en una sala de espera llena de gente; sin embargo el vacío que reinaba en mi corazón era grande y de sabor amargo.

Permanecí junto a Esteban en busca de protección, un refugio al seguro de mi ansiedad. Recuerdo que lo miré a los ojos y de repente le pregunté: “¿Y si lo tenemos y escapamos los tres juntos?”. Sin apartar su mirada de la mía, sonriéndome dulcemente, respondió: “Si quieres, ya sabes, lo podemos tener”.

¡Caray! En lugar de sentir renovada mi (“mi” no “nuestra”) libertad de elegir, habría deseado con todo mi ser que me hubiese tomado de la mano

y arrastrado lejos de ahí, lejos, que me hubiese dado un fuerte abrazo, hasta dejarme sin respiración, que dijera entonces: “*Juntos saldremos adelante; quiero este hijo porque te amo*”. Pero, ¡ay!, lo que pedía en verdad mi corazón no obtuvo respuesta y, una vez más, me sentí SOLA.

En ese instante apareció por el pasillo el Dr. X que, después de haberme dado las primeras e imprescindibles instrucciones para seguir apenas llegara a la habitación, le sugirió a Esteban que regresara en la tarde: la tutela de la privacidad de las otras desafortunadas como yo imponía esta decisión.

Yo no quería que se fuera... que nos separaran.

La última oportunidad para salvar nuestro bebé, hablando aún más y transmitiéndonos nuestras emociones, libremente, sin dejarnos condicionar por la imperdonable y estúpida racionalidad que nos aferraba... se desvaneció. Y entonces, ¿cómo habría podido enfrentar todo yo SOLA?

Entré pues a la habitación... un pabellón reservado a aquellas, que como yo, aquél día debían abortar. Se respiraba muerte allí dentro. Estuve a punto de detener mis pasos. Sentía las piernas como si se negaran a proseguir...

Encontré sólo una cama disponible junto a la ventana, evidentemente el lugar más expuesto al viento, que se infiltraba a través de ésta y que aquel día soplaba furioso. Pero qué importaba... el frío que sentía en el corazón era más agobiador... Sentía vergüenza de encontrarme allí, no tenía el coraje de levantar la mirada de la cama donde apoyé mis pocas cosas, a pesar de ser consciente que no habría sido juzgada ni criticada por parte de mis “compañeras”.

Absorta, tuve la precaución de tomar el antibiótico que me proporcionaron un momento antes, como me había indicado el médico, pasándolo con un poco de agua... el único rastro de vida allí dentro.

Desvestida, me puse inmediatamente la pijama y fui al baño a orinar: entonces faltaba poco para que llegara el Dr. X, que nos metería en la vagina un óvulo necesario para dilatar el útero. Tendríamos que esperar dos horas para que esto sucediera y fuera... *más fácil arrancar de mis entrañas... mi hijo...*

Escribo, pero mientras lo hago, lloro. Es difícil continuar este relato...

Los dolores fueron cada vez más agudos: el óvulo desarrollaba con eficacia su labor... Sentía un dolor insoportable en mis piernas y en la espalda; los ovarios se contraían, sentía la sangre congelar, mis huesos se

anquilosaron. Chasqueando literalmente los dientes volvía mis ojos hacia el techo, buscando el rostro de Dios: ¿pero con qué derecho?.

Me preguntaba en voz alta: “¿Qué estoy haciendo?” No sabía que la respuesta a esa pregunta me perseguiría desde entonces y hasta hoy, cada nuevo día de mi miserable vida.

¡No podía más! Pedí la ayuda de una enfermera con el fin de que me diera algo, no importaba qué, con tal de aliviar mi infinito sufrimiento.

Fue necesario suministrarme un fuerte analgésico. No lograban encontrarme la vena y eso significaba dolor que se sumaba al dolor, pero no me importaba, mi único deseo era que cesaran aquellas repetidas y violentas contracciones.

A esto se agregó en pocos momentos, un fuerte sentido de náuseas, tal que no pude aguantar y que me indujo a vomitar jugos gástricos y... el alma.

Con los ojos de quien implora un poco de piedad “robé” la mano de la enfermera y la llevé a mi cara, apretándola. “¿Cómo te llamas?” -le pregunté. “Liliana” -me respondió inmediatamente, con modales gentileza que no olvidaré nunca. “Como mi mejor amiga” -le dije con una débil sonrisa. “Gracias” - continué. “Ayúdame, duele tanto; te suplico,

ayúdame”. “Debes respirar lentamente, si te agitas es peor. Verás que entre poco pasará”.

Pero no pasaba.

“Quiero a mi mamá”. Continué, mirando hacia la puerta. “¿Por qué no viene?”. “Porque no sabe nada”.

Ella, mi madre, no me habría permitido llegar allí, no me habría acolitado, ni siquiera el pensar en la solución que elegí. Con su “acostumbrado” amor me habría sostenido y se habría sacrificado por ayudarme si hubiese sido necesario. Habría sido dichosa de aquel regalo, como todos en familia, pero yo no quería ser un peso para nadie, ni siquiera para ella.

Mi tribulación llegó a su cúspide y lancé un grito de dolor. Llegó otra vez el Dr. X, que se sentó al borde de la cama, tratando de consolarme a su manera. “Le dije que tenía que llenarse de coraje”, me recordó. Vomité otra vez.

No tardó en presentarse otro efecto colateral del óvulo: la diarrea. El doctor nos sugirió de turnarnos para ir al baño. y de no dudar de llamar a la enfermera en caso de necesidad. Llegado mi turno, reuní todas mis fuerzas. No lograba incorporarme, pero era inevitable.

De nuevo en la cama, extenuada, miré el reloj. No veía la hora que aquella lenta agonía llegara a su final.

Más tarde, se asomó un señor por una ventanilla, que nos preguntó que quién de nosotras quería someterse de primera a la intervención. Deseando que la espera terminase cedí al cansancio, finalmente me sentía algo mejor.

Se llevaron primero la mayor de nosotras tres desventuradas. Antes que regresara, una enfermera me vino a buscar a mi habitación, y me preguntó si podía caminar.

Para llegar al quirófano, atravesamos un largo corredor, que me pareció interminable. Ella me sujetaba tomándome del brazo; mis pasos eran lentos y vacilantes; la cabeza baja. Me sentía como un animal que va a ser sacrificado.

Cuando llegamos, vi en una camilla a la otra chica, casi inconsciente, y acaricié su rostro antes que se la llevaran.

Esperé en una estancia, plegada en mí misma, atontada, con la mirada fija en el piso, donde me quitaron las medias, un collar y un anillo del cual no me separaba casi nunca. Cuando me avisaron que estaba todo listo me

llevaron al quirófano, me dijeron que me quitara el pantalón del pijama y el interior. Me dijeron que me pusiera en posición supina en la camilla, con las piernas apoyadas y la cadera hacia adelante: así era la posición requerida.

Me avergonzaba, me sentía mancillada en mi intimidad. Eran cinco a mi alrededor...

El Dr. X estaba listo. Antes de adormecerme, supliqué a la anesthesióloga, una mujer de unos 40 años, de mirada indiferente y dura, en apariencia, pero que en cambio significó una paréntesis de humanidad y protección. “Dime que cuando me despierte esto habrá terminado”, respondió en modo afirmativo, con una caricia acompañada de una mirada tierna y compasiva.

Y entonces... un fuerte dolor en la mano a causa de la sustancia que me inyectaron y la última frase pronunciada apretando los dientes, antes de acabar con la vida de mi bebé:

“Cómo duele”...



# Capítulo 4

En el sopor, me sentí literalmente descargada en la cama. Tenía una sábana entre las piernas para absorber la hemorragia en acto. No lograba moverme bien. Aún seguía semiparalizada.

Entonces me embargó con fuerza ese sentimiento de tormento en que tomé conciencia que ya no era madre... porque se es madre desde el mismo instante en que descubres que no estás sola y que en alguna parte de ti está formándose una criatura. Se trata de una nueva vida, se trata de tu hijo.

Sentí lágrimas cálidas y silenciosas escurrir por mi rostro: en ese preciso instante comenzó mi tormento. *“Ya no existe, ya no existe...”*.

Algunos momentos más y regresó de aquella sala del horror la tercera muchacha: así la masacre estaba cumplida. Nuestros gemidos, aislados de la alegría de quienes en las habitaciones cercanas se preparaban para vivir el acontecimiento más extraordinario de la vida, resaltaban la penumbra en la cual nos habíamos precipitado vergonzosamente.

¿Quién me habría salvado, devolviéndome a la luz de la Gracia Divina?  
¿Quién me restituiría la dignidad de mujer que había sofocado con mis propias manos? Pero sobre todo, ¿quién me habría devuelto mi hijo, o más bien, mi niña? Oh, sí, porque estoy segura que habría sido una niña.

Martirizante es el arrepentimiento que asaltó inmediatamente mi corazón.

Desde entonces no vivo en paz. No me perdonaré nunca por haber decidido la muerte de aquella persona que habría sido la más importante de mi existencia.

He aquí, amiga, mi historia, ahora la conoces y has leído mi dolor, hasta donde es posible.

Hasta ahora no sabría explicarte el verdadero motivo que me indujo a ser aquella que no soy. Probablemente se trataba del miedo a madurar, o de ser abandonada, o de dejar de ser amada, o de pensar de tener a mi lado

una persona que se sintiera obligada, o de no saber ser una buena madre y una mujer de valor.

No sé, no sé, no sé...

La mente humana es compleja y tortuosa y a veces, ni conocemos bien todos los laberintos de nuestro inconsciente.

Lo cierto es que fue *un gesto desconsiderado, producto de mi más abyecto egoísmo y que no repetiría nunca, si sólo pudiera regresar atrás.*

Sé bien que tú también te sientes sola, no ves el modo de escapar de tu turbación. Sientes desazón por una situación que no sabes cómo enfrentar y que no te pertenece porque es nueva, que es más grande que tú, que el mundo en que hasta ahora has vivido. Tienes miedo de ser juzgada por lo que en realidad sientes, que nadie te entienda, y estás convencida que abortar es la mejor alternativa; que serán suficientes pocos minutos de tu tiempo para dar una respuesta indolora y definitiva a tu angustia. Pero desafortunadamente será sólo definitiva, porque el dolor por no haber aguardado y por haber consentido la muerte de tu hijo, no lograrás hacerlo pasar jamás.

No te sientas sola.

Mucho más cerca de lo que crees hay alguien dispuesto a escucharte, a llevarte de la mano para que no tropieces, a brindarte amistad, un amigo sincero que comparte el dolor que estás viviendo y que quisiera brindarte su ayuda.

Es necesario que hables, desahógate, haz lo que sea necesario para salvar a ti y a tu hijo, tienes el derecho y el deber. Protégete de ti misma. Protege el amor que vive en ti.

Entiendo que ahora cada cosa parezca difícil, imposible de superar, pero saca toda la fuerza que está dentro de ti, porque estoy segura que posees en gran cantidad.

Nosotras las mujeres somos especiales: criaturas frágiles, pero que pueden ser fuertes como la roca...

Es verdad, lo desconocido asusta, paraliza, pero piensa que puede revelarse una sorpresa maravillosa. La vida deslumbra especialmente cuando estás convencido que la luz para ti se ha acabado, y te emociona como el abrazo inesperado de un niño.

Dios te ha elegido como madre de tu hijo, por eso cree en ti.

¡Tú elegiste tu hijo, y él te ha querido a ti y no a otra!! ¡¡Ánimo!!

Estoy segura que será suficiente mirarlo a los ojos, tener sus manos tiernas entre las tuyas, abrazarlo y sentir su perfume para borrar amargos pensamientos, la angustia y la incertidumbre. Él será tu fuerza y tú serás su lumbre, siempre encendida.

Si alguien hubiese decidido nuestra muerte, no habríamos tenido la oportunidad de descubrir cómo es hermoso cantar, tener amigos, enamorarse, quedar maravillados ante la belleza del mar... ser lo que somos.

Cuántas veces no nos hemos dejado llevar de la rabia porque no nos han dejado la libertad de elegir. No nos otorguemos entonces el derecho de decidir si dejar vivir o morir un ser humano, pero más aún carne de nuestra carne. No te niegues el amor de tu hijo como hice yo.

Delante de cada mujer en espera te preguntarás “¿por qué yo no?” y no podrás dar la culpa a nadie sino a ti misma.

Si supieras la pena que se desencadenará en ti viendo una madre feliz en compañía de su hijo, porque habrías podido gozar de la misma felicidad y la has rechazado. Comenzarás a contar los meses y después los años que cumpliría tu hijo si no lo hubieses dejado morir. Intentarás imaginar su

rostro, la expresión de sus ojos, su sonrisa y lo verás en cada niño que atraviese tu camino.

No pienses que éstas son sólo palabras. ¿Quién podrá entenderte mejor que yo? Estuve en el infierno y no quisiera que lo conocieras tú también. Te suplico, escucha tu corazón, y si alguno te induce a creer que abortar es por tu bien, aléjalo porque no sabe lo que dice, y no te ama en verdad.

Si decides interrumpir tu embarazo, recuérdalo, recuérdate: no podrás volver atrás. Será una herida siempre abierta, sangrante.

No te aflijas... te lo suplico, como si fueras mi hermana...

Ahora te dejo, amiga mía, con un mensaje que escribí el día sucesivo al aborto. Debía liberar de alguna manera el dolor que me estaba consumiendo hasta quitarme el respiro.

*“Estoy mal, muy mal. Quisiera morirme y sólo Dios, que todo ve, sabe el por qué... Ayer fue el día más horrible de mi vida... el infierno en tierra... Ahora busco perdón, pero no tengo el coraje de pedirlo. Sólo espero que Dios Misericordioso, tenga piedad de mí, último de los seres, y cambie mi corazón, el mismo corazón que creía mejor y que, en cambio, hizo que traicionara la vida...*

Deseo sinceramente que mañana en la mañana, al despertar, tú sonrías porque habrás decidido de comenzar una nueva extraordinaria aventura...

... junto a TU HIJO.

## **NOTA:**

Te recordamos que es posible mandar tus comentarios a la página electrónica: <http://www.adorto.com/comentario.htm>